

CAPÍTULO XI.

No hay remedio.

Los castillos encantados se iluminan de repente, antes de que la pálida mañana permita ver las monstruosas serpientes de humo que se arrastran por encima de Cokeville. El rápido sonido de campanas, y el movimiento de todas las máquinas que hemos comparado á elefantes melancólicos, pulimentados y llenos de aceite, á consecuencia del monótono trabajo del día, empieza sus pesados ejercicios.

Esteban se consagra á sus ocupaciones, tranquilo, atento y sin distraerse nunca. Forma, así como los hombres que viven en aquella selva de trabajos, un extraño contraste con la ardiente, ruidosa y violenta mole mecánica en que trabaja. No tengáis miedo, personas que de todo os atemorizáis; no tengáis miedo de que el arte llegue á hacer olvidar la naturaleza. Poned en cualquier sitio, y al lado una de la otra, la obra de Dios y la obra de los hombres, y aun cuando la primera sólo esté representada por un corto

número de obreros, de gentes sin ningún valor, tendrá en la comparación toda la dignidad de su parte.

Un determinado taller ocupa centenares de obreros, y una sola máquina de fuerza de muchos caballos. Se sabe con diferencia de una libra lo que puede la máquina; pero todos los calculadores de la deuda nacional reunidos no sabrán decirme lo que puede durante un sólo segundo para el bien ó para el mal, para el amor ó para el odio, para el patriotismo ó para la insurrección, para la descomposición de la virtud en el vicio, ó para la transfiguración del vicio en la virtud, el alma de uno solo de aquellos pacíficos trabajadores de semblante tranquilo, de movimientos regulares, y que no son sino servidores humildes de aquella máquina bruta. En la máquina no hay el menor misterio; en el más abyecto de los hombres lo hay siempre impenetrable. ¿No estaría bien que reservásemos nuestra aritmética para los objetos materiales, y buscásemos otros medios para coordinar las terribles cantidades desconocidas? ¿Qué os parece la idea?

El día avanzaba, y se dejó caer en el espacio, á pesar del gas que resplandecía en el interior. Se apagaron las luces, y se continuó trabajando. La lluvia empezó á caer, y las serpientes de humo, sometiéndose á la maldición primera, ex-

tensiva á toda su raza, se arrastraron á flor de tierra.

Esteban dejó el caluroso taller, y se expuso, sudoso y fatigado, al viento húmedo en las calles frías y enlodadas. Se alejó de sus compañeros y de su barrio sin tomar otra cosa que un poco de pan, el cual comía dirigiéndose á la colina en que habitaba su amo. Aquel gentileman vivía en una casa roja, con persianas negras en el exterior y verdes en el interior; una puerta de entrada negra, un umbral con dos escalones blancos, y en el marco, en una plancha de cobre, se leía el nombre de Bounderby con letras que se le parecían mucho, debajo de cuya plancha una bola del mismo metal, que servía de llamador, parecía un punto debajo de una Y.

Mr. Bounderby iba á comer. Esteban estaba seguro de ello, y le preguntó al criado:

—¿Quiere V. decir al señor que desea hablarle uno de sus obreros?

En respuesta á esta embajada, llegó un mensaje á fin de averiguar el nombre del obrero.

—Esteban Blackpool.

No había motivo de queja contra Esteban Blackpool; por lo tanto, podía pasar adelante.

He aquí á Esteban en el comedor. Mr. Bounderby, que apenas le conocía de vista, apuraba con delicia una copa de Jerez. La señora Sparsit hacía media al amor de la lumbre, en la actitud

de una amazona á caballo en una silla de señora con el pié en un estribo de algodón. La dignidad y las ocupaciones de la señora Sparsit no le permitían beber. Asistía á la merienda en su calidad oficial, pero no gustaba cosa alguna, y dejaba ver en la expresión majestuosa de sus ademanes que comprendía las libaciones como otras tantas debilidades.

—Veamos, Esteban (dijo Mr. Bounderby). ¿Qué sucede? ¿Con qué motivo viene V. á mi casa?

Esteban saludó, pero no hizo un saludo servil; los obreros de las fábricas no conocen eso. Á fe mía que no, aunque los tengáis veinte años en vuestra casa. Solamente, por rendir un tributo de tocador á la señora Sparsit, se metió en el chaleco las dos puntas de la corbata.

—Veamos (continuó Bounderby, tomando otro sorbo de Jerez): V. jamás ha cometido falta alguna. V. no forma parte de los calaveras; V. no es de los muchos que quisieran se les hiciese subir en un carruaje tirado por cuatro caballos, que se les alimentase con sopa de tortuga y se les adornase con un collar de oro (Mr. Bounderby pretendía siempre que éste era el objeto único y constante de todo obrero que no se creía tan feliz como un rey), y por consecuencia estoy seguro de que no ha venido V. á esta casa para quejarse; no necesito que V. me lo diga para creerlo.

—No, señor ; no he venido aquí para nada de eso.

Mr. Bounderby pareció agradeblemente sorprendido, no obstante la firme convicción que acababa de expresar.

—Muy bien (dijo). Es V. un buen obrero, y yo no me había engañado. Veamos de qué se trata. Puesto que no hay que referirse á eso, diga V. lo que quiera : hable V., hijo mío.

Esteban fijó por casualidad la vista en el sitio que ocupaba la señora Sparsit.

—Si V. quiere me retiraré, señor Bounderby, —dijo aquella señora, pronta á inmolarse, y disponiéndose á sacar los piés del estribo.

Mr. Bounderby la detuvo, extendiendo la mano izquierda, mientras engullía un pedazo de bizcocho. Después dijo á Esteban :

—Ya sabe V. que esta señora ha tenido un nacimiento distinguido, muy distinguido. No debe V. suponer por qué ahora gobierna mi casa, que no ha subido muy alto en el árbol social: me atreveré á decir que ha llegado hasta la copa del árbol social. Así, pues, si tiene V. que decirme algo que no pueda oír una señora bien nacida, se retirará. Si lo que tiene V. que decirme puede oírlo una mujer de su clase, entonces la señora se quedará en el mismo sitio que ahora ocupa.

—Señor, en mi vida he dicho, en mi vida,

nada que no pueda oírlo una mujer bien nacida, —contestó Esteban un poco sonrojado.

—Muy bien (dijo Bounderby, levantándose de la silla y sentándose en una butaca). ¡ Adelante! ¡ Marchen!

—He venido (empezó Esteban, después de reflexionar un momento, levantando los ojos, que hasta entonces había tenido fijos en el suelo): he venido á pedir á V. un consejo. Lo necesito indispensablemente. Hace diez y seis largos y tristes años que me casé, un lunes de Pascua. Mi novia era una joven obrera muy bonita y de no mala reputación. Pues bien: no tardó en corromperse, y no por culpa mía. Dios sabe que nunca he sido para ella mal esposo.

—Ya he oído hablar de eso (dijo Bounderby). Su mujer de V. se aficionó á la bebida, dejó de trabajar, vendió los muebles de su casa, ha empeñado la ropa de V., y, en fin, ha hecho una porción de diabluras.

—He tenido mucha paciencia.

—Lo cual prueba, en mi opinión, que es V. un tonto, —dijo Bounderby para su vaso.

—He tenido mucha paciencia ; he procurado mil veces y de mil maneras traerla al buen camino, pero siempre en balde. ¡ Cuántas veces al entrar en mi casa he visto que cuanto poseía en el mundo había desaparecido! ¡ Cuántas veces he encontrado á mi mujer tendida en el suelo y

completamente embriagada! Esto no ha sucedido una vez, ni dos, sino veinte.

Cada arruga de su rostro se contraía más y más mientras hablaba, y era un elocuente testimonio de lo mucho que había sufrido.

—Siempre de mal en peor, y al fin me dejé solo. Descendí cuanto podía, y al fin se perdió de la peor manera. Un día volvió. ¿Qué podía yo hacer para impedirlo? Pasé noches enteras paseándome por las calles, por no entrar en mi casa. Me fui al puente con la idea de tirarme al río y acabar con mi vida. He padecido tanto, que, ya lo ve V., estoy hecho un viejo.

La señora Sparsit continuó tranquilamente adelantando en su media, levantó sus cejas á lo Coriolano, y alzó la cabeza, como para decir:

—Los grandes sufren sus pruebas lo mismo que los pequeños. No tiene V. más que dirigirme sus plebeyas miradas.

—Le daba una pensión para que viviese lejos de mí. Cinco años hace que se la pago. He podido reunir algunos muebles en mi casa. He vivido pobre y tristemente, pero al menos no tenía por qué sonrojarme; no temblaba de vergüenza á cada instante de mi vida. Ayer noche fui á mi casa, y me la encontré allí: allí está todavía.

En el exceso de su desgracia y en la energía de su dolor, se irguió un momento, y un relámpago de orgullo iluminó su mirada. Un instante

después permaneció como había estado desde el principio de la entrevista, con las espaldas tan encorvadas como de costumbre, con su rostro pensativo vuelto hacia Bounderby, con cierta expresión extraña, mitad astucia, mitad embaraço, como si su espíritu se ocupase en resolver algún problema difícil; tenía el sombrero en la mano izquierda, crispada y apoyada en la cadera. La derecha le servía para apoyar sus palabras con ademanes enérgicos, aunque moderados por un sentimiento natural que le imponían las conveniencias: algunas veces permanecía inmóvil cuando el obrero se interrumpía, pero siempre extendida y hablando hasta cuando Esteban no decía nada.

—Ya sabe V. que hace tiempo estoy instruído de todo eso (dijo Bounderby), á excepción de la última escena. Es un asunto muy malo, esta es la verdad; hubiera V. hecho mejor permaneciendo soltero, en vez de haberse casado. En fin, ya es algo tarde para hacer esta advertencia.

—¿Era quizás una unión desigual con respecto á las edades?—preguntó la señora Sparsit.

—Ya oye V. lo que pregunta esta señora. ¿La unión de Vds. fué desigual con respecto á las edades? Feo negocio es ese en que está V. envuelto,—dijo Bounderby.

—Ni aun siquiera puede alegar esa excusa. Yo tenía veintiun años, y ella cerca de veinte.

—¿De veras, señor? (preguntó la señora Sparsit mirando á Bounderby con mucha calma.) Alver unión tan desgraciada, hubiera creído que la habían engañado con respecto á la edad de este obrero.

Mr. Bounderby lanzó á la señora una mirada de soslayo, que tenía un poco de avergonzada; mas para infundirse valor tomó otro vaso de Jerez.

—Y bien: ¿por qué no continúa V. hablando? —preguntó, volviéndose con cierta irritación hacia Esteban Blackpool.

—He venido á preguntar á V., señor, cómo podría librarme de mi mujer.

El atento rostro de Esteban adquirió aún mayor expresión de gravedad.

La señora Sparsit dejó escapar una exclamación sofocada, como para indicar que se había helado moralmente.

—¿Qué quiere V. decir? (exclamó Bounderby, levantándose para apoyar la espalda contra la chimenea.) ¿Á qué viene V. á contar esas cosas? V. tomó á su mujer, según el texto de la escritura, firmada la noche de la boda, *lo mismo para el bien que para el mal.*

—Necesito verme libre de ella. Yo no puedo con tantos sufrimientos. Si he vivido tanto tiempo de esta manera, lo debo á la compasión y á las palabras de consuelo de la mujer más buena

que hay en este mundo y en el otro. Á no ser por ella, hoy sería un loco de atar.

—Querrá estar libre para casarse con la mujer de quien nos habla; mucho lo temo, señor,—observó la señora Sparsit, á media voz, y apesadumbrada con la profunda inmoralidad del pueblo.

—Sí, eso es lo que quiero. Esta señora tiene razón; eso es lo que quiero: iba á decirlo. He leído en los periódicos que las personas de clase (y eso es muy justo, yo no lo censuro) no están sujetas por lazos bastante sólidos, aunque los acepten *para el bien y para el mal* (1); que pueden deshacerse de una unión desgraciada, y volver á casarse. Y, sin embargo, cuando no marchan de acuerdo por causa de incompatibilidad de carácter, tienen más habitaciones de las que se necesitan, y pueden vivir separados: nosotros no tenemos más que una habitación, y no podemos hacer lo mismo. Cuando esto no basta, tienen oro ú otros valores; pueden decir: «esto es tuyo, y esto es mío,» é irse cada uno por su lado: nosotros no lo podemos hacer. Con todo esto, pueden separarse por motivos menos graves que á los que á mí me asisten. ¡Oh! Es preciso que yo me desembarace de esa mujer, y quiero saber el medio más oportuno.

—No hay medio,—respondió Bounderby.

(1) Palabras de la liturgia protestante en Inglaterra.

—Si yo la causo daño, ¿no habrá una ley que me castigue?

—Ciertamente.

—Y si la abandono, ¿no hay una ley también para castigarme?

—Ya se ve que sí.

—Si me caso con la otra mujer, ¿habrá también leyes en contra mía?

—Ciertamente.

—Si vivo con ella sin ser su marido, suponiendo que semejante cosa pudiera suceder, que no sucederá nunca, porque ella es demasiado honrada para eso, ¿habrá una ley para castigarme en cada hijo inocente que tuviera?

—¡Pues no que no!

—Entonces, en nombre del cielo (dijo Esteban Blackpool), decidme una ley que me defienda.

—¡Hum!.... Hay en esas relaciones sociales un carácter de santidad (dijo Bounderby), que.... que.... en una palabra, de esa santidad no se puede prescindir.

—No, no, señor; no siempre se respeta: algunas veces se destruye. Yo no soy más que un pobre obrero; apenas pude mover los brazos me puse á trabajar en una fábrica; pero tengo ojos para ver y oídos para oír. Leo en los periódicos, en las revistas de tribunales, y V. lo leerá también, lo sé con terror, que la supuesta imposibilidad de romper un enlace por ninguna conside-

ración, por ningún precio, ensangrienta el país y produce en las casas de los pobres, luchas, asesinatos y muertes repentinas. Es preciso darnos á conocer nuestro derecho. Estoy en una posición muy triste, y quisiera, sin incomodar á V., conocer la ley que me protege.

—Pues bien; oiga V. lo que voy á decirle (contestó Bounderby, metiéndose las manos en los bolsillos): en efecto, esa ley *existe*.

Esteban, volviendo á su actitud tranquila, y prestando toda la atención posible, hizo una señal con la cabeza.

—Pero no está hecha para V., nada de eso. Cuesta dinero, mucho dinero.

—¿Cuánto podría costar?—preguntó tranquilamente Esteban.

—Primero, tendría V. que intentar un proceso ante el tribunal de doctores en derecho canónico; después habría que intentar otro proceso ante el tribunal de demandas comunes; después otro tercer proceso ante la Cámara de los Lores, y en seguida sería necesario obtener un acta del Parlamento que le permitiese á V. volver á casarse; y admitiendo que el asunto caminase á pedir de boca, supongo que este resultado costaría de veinticinco á treinta mil francos próximamente, ó acaso el doble,—dijo Mr. Bounderby.

—¿Y no hay otra ley?

—Ninguna.

—Entonces, señor (dijo Esteban, que se puso pálido, é hizo un ademán con la mano derecha como para permitir á los cuatro vientos que dispersasen todas las leyes posibles), es una fatalidad. Las leyes son lodazales de un extremo á otro, y valdrá más que me muera, cuanto antes mejor.

La señora Sparsit se escandalizó otra vez con la impiedad del pueblo.

—¡Bah! ¡bah! No diga V. tonterías, buen hombre, á propósito de cosas que no comprendo (exclamó Bounderby); y no llame V. lodazales á las instituciones de su país, so pena de encontrarse en un verdadero lodazal el día menos pensado. Las instituciones del país no son de la incumbencia de V., y lo único que le toca es pensar en su trabajo. Quien ha tomado mujer para el bien como para el mal, no puede desprenderse de ella á su capricho. V. la tomó para que fuese lo que es. Si ahora la esposa se conduce mal, sólo podemos decir que hubiera podido conducirse mejor.

—Esto es un lodazal (exclamó Esteban, ganando la puerta); un verdadero lodazal, y no otra cosa.

—¡Eh! Oiga V. una palabra (continuó Bounderby á manera de despedida). Esas opiniones, que me atreveré á llamar sacrílegas, han ofendido á esta señora. Ya le he dicho á V. que es

una señora muy bien nacida, y que, aunque no los publicó, no ha dejado por eso de tener sus infortunios matrimoniales, y al pié de algunas decenas de millares de libras.... decenas de millares de libras, ¿lo oye V.? V., hasta ahora, no ha sido más que un obrero liso y llano, de muy buena conducta; pero, lo digo francamente, le veo entrar en el camino de la perdición. Sin duda ha prestado V. oídos á algún subvertivo extranjero (no faltan por estos alrededores), y lo mejor que puede V. hacer es olvidar esas simplezas. Ya sabe V..... (aquí las facciones de Mr. Bounderby expresaron una astucia maravillosa) que veo mucho más allá de mis narices, como no podía ser menos con la educación que he recibido, ó, mejor dicho, con la que me he dado. Entreveo en V. síntomas de sopa de tortuga, y viandas con cubierto de oro. Sí, lo entreveo (gritó Mr. Bounderby, moviendo la cabeza con obstinada astucia). ¡Vive lord Harry, que lo entreveo!

Esteban respondió con un movimiento de cabeza muy diferente, y lanzó un suspiro.

—Gracias, señor; páselo V. bien.

Y dejó á Mr. Bounderby mirándose con orgullo en presencia de su propio retrato, colgado en la pared del comedor, en tanto que la señora Sparsit, con un pié en el estribo, continuaba haciendo media, víctima del dolor y la vergüenza que le causaba la inmoralidad del pueblo.

CAPITULO XII.

La vieja.

El pobre Esteban bajó los blancos escalones, cerrando tras de sí la negra puerta, adornada con la placa de cobre y el botón del mismo metal, al que hizo los honores de despedida, frotándolo con la manga de su blusa, cuando observó que el calor de su mano le había empañado el brillo. Atravesó la calle con los ojos fijos en tierra, y se alejaba tristemente, cuando sintió que le tocaban en el hombro.

No era la mano que le tocó la que hubiera podido serla más necesaria en semejante momento, una mano que tuviese el poder de calcular la agitación tempestuosa de su alma, como la de un Dios de amor sublime, y de sublime paciencia, tiene el admirable poder de apaciguar la mar alterada. Y sin embargo, era una mano de mujer la que le detenía. Las miradas del obrero se fijaron en una mujer vieja, alta y bien conservada, aunque arrugada por la edad. Iba vestida con decencia y sencillez, y en sus zapa-

tos se veía el lodo del campo; fácilmente se presumía que acababa de llegar de un viaje. La agitación de sus maneras, á pesar de la mucha animación de las calles; el chal que llevaba puesto, y otro plegado sobre el brazo; el enorme paraguas y el canastillo; los guantes anchos y de largos dediles, á que sus manos no estaban acostumbradas; todo anunciaba una campesina vestida con su traje de los días de fiesta, y siendo en Cokeville una rara aparición, como los días despejados. Todo esto lo observó Esteban con una mirada y con la viva perspicacia de la gente de su clase, y para oír mejor lo que aquella mujer iba á decirle, adelantó el rostro con esa expresión de atención concentrada que se observa en la de un sordo, ó, lo que es lo mismo, en uno de esos infinitos obreros obligados, como Esteban, á trabajar constantemente entre un ruido infernal.

—Dispense V. (dijo la anciana); pero ¿no acaba V. de salir de esa casa? (señaló á la de Bounderby.) Creo que es V., á menos que haya tenido la mala suerte de perder á la persona á quien seguía.

—Sí, señora (replicó Esteban): soy yo.

—¿Ha visto V.?... V. dispensará la curiosidad de una vieja.... ¿Ha visto V. al dueño de la casa?

—Sí, señora.

—¿Y qué aspecto tenía? ¿Le ha parecido á V. robusto, franco y decidido?

En tanto que aquella mujer hablaba bajando y levantando la cabeza para dar más expresión á lo que decía, Esteban creyó recordar que ya la había visto en alguna parte, y que no le había hecho gracia alguna.

—Sí (dijo mirándola con más atención); todo eso parecía.

—Y estará bueno (continuó la vieja); tan sano como una manzana.

—Sí (contestó Esteban). Comía y bebía, grueso y robusto como un bordón, y casi tan sonoro.

—Gracias (dijo la vieja con infinita alegría); gracias.

Era ciertamente la primera vez que Esteban veía aquella vieja. No obstante, tenía como un vago recuerdo de haberla visto, ó al menos de haber soñado con alguna vieja que se le parecía.

La mujer echó á andar á su lado, y el obrero, aceptando con bondad la compañía de la vieja, le habló de diferentes cosas.

—Cokeville es una ciudad muy activa y muy populosa, ¿no es cierto?

—Verdaderamente.

—¿V. viene del campo, según veo?

—Sí; he llegado en un tren expreso esta mañana. Cuarenta millas he andado en el tren expreso esta mañana, y voy á andarlas otra vez

esta tarde. Ya ve V. que para mi edad....—dijo la comunicativa viajera, brillándole los ojos de orgullo.

—Cierto, y no debiera V. viajar tanto....

—Una vez al año nada más. En eso gasto mis economías. Vengo regularmente sólo para pasear por las calles y ver al señor.

—¿Nada más que para verle?

—Eso me basta (replicó la anciana con mucho interés y animación); no pido más que eso. Me he paseado por este lado de la calle para ver salir al señor (añadió, volviendo otra vez la cabeza hacia la casa de Bounderby); pero este año he tardado, y no le he visto; V. salió en su lugar. Así, pues, como tendré que marcharme sin haberle visto, á pesar de no haber venido á otra cosa, me contento con haberle visto á V. é informarme de su salud.

Al pronunciar estas últimas palabras, la vieja miró á Esteban como para fijar en su memoria las facciones del obrero, y sus ojos perdieron algún tanto de su brillo.

Aun haciendo la más amplia concesión á las diferencias del gusto, y sin querer sublevarse contra los patricios de Cokeville, el obrero halló tan extraño que hubiera quien se interesase tanto por Mr. Bounderby, y quien se tomase tanto trabajo por verle, que el fenómeno le preocupó mucho; pero en aquel momento pasaban por de-

lante de la iglesia. Esteban miró el reloj de la torre, y apresuró el paso.

—¿Va V. á su trabajo?—preguntó la vieja, andando más aprisa, sin que por esto se incomodase en lo más mínimo.

—Sí; tengo el tiempo contado.

Cuando dijo en qué fábrica trabajaba, la vieja pareció más sorprendida que nunca.

—¿No es V. muy feliz?—le preguntó.

—Todos tenemos nuestras penas, señora.

Así eludió la cuestión, pues pareciendo que la vieja estaba convencida de que era completamente dichoso, no tuvo valor para desengañarla. Sabía que nunca faltan penas en el mundo; y si la vieja, después de haber vivido tanto tiempo, podía creerle exento de su parte de aflicción, tanto mejor para ella. Á Esteban, ¿qué le importaba?

—V. querrá decir que tiene penas en su casa, ¿no es esto?

—De cuando en cuando,—respondió Esteban de mala gana.

—Pero con un amo como el de V., las penas no le acompañarán hasta la fábrica.

No, no. Sus penas no le seguían hasta allí, según dijo Esteban.

El todo era ordenado; nada había fuera de su lugar. Sin embargo, no se atrevió á añadir, ni aún por darle gusto á la vieja, que estaba en todo

aquello la imagen de la justicia divina; aunque yo he oído en estos últimos tiempos sentar proposiciones casi tan magníficas.

Se encontraban en aquel momento en el oscuro camino de travesía que iba á la fábrica, y llegaba una multitud de obreros. Sonó la campana; la serpiente se desenroscó, y el elefante se disponía á ponerse en marcha. Aquella vieja singular lo admiraba todo, hasta el sonido de la campana: aquella campana tenía un sonido imponente; era lo más agradable que había oído en toda su vida.

Preguntó á Esteban, que se detuvo con brevedad para estrecharle la mano antes de entrar en la fábrica, cuánto tiempo hacía que trabajaba allí.

—Doce años,—respondió.

—Quiero besar la mano al hombre que ha trabajado durante doce años en esta hermosa fábrica.

Y por más que hizo Esteban para impedirlo, le cogió la mano y se la llevó á los labios. Aparte de su edad y de su sencillez, había indudablemente en aquella mujer alguna secreta armonía de que Esteban no se daba cuenta, porque al besarle la mano, ¡cosa extraña!, tenía un aire tan grave y á la vez tan ingenuo y tan conmovedor.

Haría una media hora que trabajaba Esteban,

pensando siempre en la anciana, cuando, mirando casualmente por una ventana próxima, la vió que estaba observando la fábrica, sumida en una admiración profunda. Olvidándose del todo del humo, de la lluvia y sus dos largos viajes, contemplaba el edificio como si el sordo ruido de las máquinas fuese una música melodiosa que enorgullecía.

Desapareció muy luego, y el día con ella; encendieron el gas, y el tren expreso pasó como una centella por delante del castillo encantado. Hacía algún tiempo que los pensamientos de Esteban se habían vuelto á la miserable alcoba de encima de la tienda, y hacia aquella mujer asquerosa que pesaba sobre el lecho, pero aún más sobre su corazón. La máquina detiene su movimiento, palpita con debilidad como un pulso enfermo, y al fin se detiene. La campana suena otra vez; el resplandor y el calor de las luces se disipa; las fábricas dibujan sus formas indeterminadas en la negra y húmeda noche; sus altas chimeneas se alzan en el aire como los rivales de la torre de Babel.

No habían transcurrido más que veinticuatro horas desde que Esteban habló á Raquel y había dado con ella un corto paseo; pero en tan breve espacio le había sucedido una desgracia que sólo Raquel podía consolar, y por esto, y porque sabía cuánto le interesaba oír la única voz que podía

calmar sus penas, se creyó autorizado á esperarla otra vez en la calle, á pesar de que ella se lo había prohibido. Esperó, pero en balde. Raquel había partido ya. De todas las noches del año, aquella era la en que menos podía pasarse sin ver el rostro dulce y cariñoso de su amiga.

¿No hubiera valido más no tener en donde descansar la cabeza, que tener una habitación, y no atreverse á volver á ella por semejante motivo? Comió, sin embargo, y bebió, porque estaba extenuado; pero sin darse cuenta de lo que comía ni de lo que bebía. Después, á pesar de la lluvia glacial, caminó por las calles á la ventura, pensando en su oprobio y en su desgracia, y alimentando sombríos pensamientos.

Jamás se había tratado entre Esteban y Raquel de un nuevo matrimonio; pero hacía muchos años que Raquel le había compadecido; después fué la única persona á quien abrió su corazón, la única á quien hubiera confiado sus penas; sabía que si hubiera sido libre para tomarla por mujer, ella no se hubiera negado. Pensó en el hogar, hacia el que en este caso hubiera podido dirigirse con felicidad y orgullo; en aquella otra unión que hubiera hecho de él otro hombre; en la alegría que entonces hubiera animado su corazón, hoy tan agobiado y tan triste; en el honor, en el respeto, en la tranquilidad de espíritu que entonces hubiera hallado,

y que hoy no encontraba. Pensó en los dulces tiempos de sus primeros años, en el cambio fatal que sufría su alma, cada vez más irritada, en la horrible existencia de un hombre atado de pies y manos á una mujer funesta, y atormentado por un demonio que tomaba la forma de aquel cadáver. Pensaba en Raquel, tan joven cuando las consecuencias de su matrimonio le habían acercado á ella, tan reflexiva ahora y tan cercana á la edad en que se empieza á envejecer. Pensó en todas las jóvenes y en todas las mujeres á quienes había visto casarse; en la resignación con que Raquel, por causa suya, seguía su camino tranquilo y solitario; en la sombra de tristeza que algunas veces había visto en su frente animada, sombra que le llenaba de remordimientos y de desesperación. Evocó el retrato de Raquel para colocarlo frente á frente de la imagen infame que la víspera había encontrado en su casa, y se preguntó si era posible que la existencia terrenal de un ser tan dulce, tan bueno, tan fiel, fuese sacrificada por completo á una criatura tan envilecida.

Lleno de estos pensamientos, tan lleno, que le parecía que su corazón iba á estallar, que no veía nada de lo que pasaba á su alrededor, entró en el asilo de su techo doméstico.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CAPÍTULO XXIV. 1925 MONTERREY, MEXICO

Raquel.

Una luz ardía débilmente en aquella ventana, contra la cual tantas veces se había apoyado la escala negra de que hemos hablado, para que por ella se deslizase lo que hay en el mundo más precioso para una madre, viuda y condenada á trabajar para mantener sus hijos hambrientos. Esteban añadió á sus demás pensamientos la reflexión sombría de que de todas las eventualidades de nuestra existencia terrenal, ninguna nos alcanza de un modo más injusto que la muerte. La desigualdad del nacimiento es poca cosa si á esto se compara. Supongamos que el hijo de un rey y el de un obrero han nacido esta misma noche y á la misma hora: ¿qué importa este contraste al lado de la muerte de una criatura humana útil y adorada de los suyos, de quienes era el único apoyo? ¿Por qué ha de morir un pobre padre de familia, y han de vivir seres como la borracha de la mujer de Esteban?